

EN TORNO A ROSALÍA DE CASTRO

EN las letras españolas, se destacan, formando una perfecta trílogía, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Rosalía de Castro; tres mujeres distintas, que padeciendo un mismo amor — amor a la tierra —, se unieron a través de sus versos, con el alma española, identificada en su agreste y cambiante suelo.

Nació Rosalía en Santiago de Compostela, el 21 de febrero de 1837; su naturaleza endeble y enfermiza, la apartó de sus hermanos y de sus juegos infantiles, traduciendo esta soledad en una sutil melancolía; sus primeros versos, escritos antes de los once años, son un reproche a su cuerpo que no puede vivir ni recibir la muerte. Algunas de estas composiciones se leyeron en el Liceo San Agustín, de Santiago, pero las más se perdieron. Casóse Rosalía, a los veinte años, con el crítico Manuel Murguía; y aun cuando las tareas del hogar, le reclamaron la mayor parte de sus horas, siguió escribiendo, porque era necesario para su espíritu, que no encontró más que alegrías pasajeras en este matrimonio.

Escribía con la noble impetuosidad del alma que no acierta a callar lo que siente; que se desahoga en breves líneas, comunicando al papel todo lo que encierra su *yo* íntimo; pero que gusta luego, rodear a su obra de penumbra, ocultándola a ojos extraños, presa del pudor; porque sabe que ella — Rosalía —, es en cada verso.

El poeta del silencio y del olvido, la titula Leandro Pita Romero. Y porque fué amante de este doble silencio — el propio y el ajeno —, su obra es mezquina, como dada a viva fuerza, intuyendo quizás, la crítica callada e inhospitalaria, que recibirían sus versos con

una sola frase dada por del Valle Inclán: *obras de una aldeana gallega con saudades*.

Tuvo que luchar su esposo contra este hermetismo, para triunfar al fin: en 1863 se publicaron *Cantares gallegos*. Y luego *Follas novas*, en 1880, con prólogo de E. Castelar; en 1884 *En las orillas del Sar*; y si a éstas unimos algunas poesías sueltas, colaboraciones en diarios y revistas, dos novelas: *El caballero de las botas azules* y *El primer loco*, completamos la producción literaria de Rosalía, ya que el resto de sus papeles fué destruído por su hija Alejandra, al morir.

De toda su obra, lo más importante, son los tres primeros libros, ya que nos presentan otras tantas facetas de su personalidad: el amor a su patria — saudades —, la extraña melancolía que la embarga — morriña —, la necesidad de su temperamento lírico-musical, que la lleva a imponer nuevas formas métricas.

En los *Cantares*, se refleja el alma de Galicia, y en *Follas novas*, el alma de Rosalía. Ella misma se nos presenta en el primer libro:

*Nascin cuando as prantas nascen;
No mes das frores nascin;
N'unha alborada maimiña,
N'unha alborada d'abril;
Por eso me chaman Rosa,
Mais a do triste sorrir...*

Y luego, sigue hablando de la tierra verde, jugosa y húmeda; del perfil caprichoso de las rías, alternando con el áspero esqueleto de las sierras; de sus mozos de clara hermosura, que exaltan en una muiñeira, la picardía ingenua; de la vida penosa que exige un trabajo constante; de la amenaza de la usura y la confiscación, que mueve a la emigración, y que provoca en ella un grito: *¡Cuánto deben sufrir en tu tierra, Galicia, para que tus hijos te abandonen sin llanto!*

En su segundo libro, se nota más acentuadamente el sujetivismo que la embarga; cada estrofa está impregnada de su *yo* doliente y sufrido; y por ello, llora la soledad en que vive:

*Corre o vento, o río pasa,
Corren nubes, nubes corren,
Vanse todos, eu me quedo,
Sin compañía, nin amigo.*

Y, en otra estrofa reconoce, que esta soledad, es consecuencia de su perturbación interior:

*¡No huyo, no! que aunque huya,
de un lugar a otro lugar,
de mí misma, nadie, nadie,
nadie me libertará...*

Y porque siente en sí, la angustia de intuir algo mejor, que no llega a definir, y a lo cual desea llegar, cimenta el comienzo de esa dicha en la muerte; pero no con ese sereno misticismo de la copla teresiana, que busca morir amando para vivir en el Amor; canta despidiéndose de su pueblo, de su tierra, para renovar en cada despedida la esperanza de la muerte, con su adiós final:

*¡Adiós ríos, adiós fontes,
Adiós regatos pequeños,
Adios sombra do meus ollos,
Non sei cuando nos veremos!...*

Pero si la soledad fué su compañera, y la muerte su deseado fin, su vida no fué sino un encadenamiento de pesares — según propia confesión de su esposo —, que culminó con la pérdida de su hijo Ovidio, en plena juventud.

En esta época escribió sus *Follas novas*, que toma este nombre, del primer verso:

*Mais ve qu'o meu corazón,
E unha rosa de cen follas,
y e cada folla unha pena,
que vive apegada n'outra.
Quitas unha, quitas duas,
penas me quedan de sobra;
oxe dez, mañan correnta,
dosfolla que te desfolla.
¡O corazón m'arrincarás,
des qu'as arrincares todas!*

En su tercer libro, se nos aparece una nueva Rosalía como precursora de una escuela literaria, a lo que llega tan sólo por una necesidad de su espíritu, que encuentra en esas innovaciones métricas, una manera más adecuada de decir lo que siente. Esta era una forma completamente natural en ella; Murguía, que la conocía tan bien, nos dice: *En las orillas del Sar, Rosalía no hace más que obedecer a su cadencia y a su manera de sentir. Causó su innovación tanta sorpresa que su libro fué, por de pronto, mirado, desde este punto de vista, como un atrevimiento indisculpable, por unos; por los más, como un enigma.*

Efectivamente, aparecieron en esta época, los *Pequeños poemas*, de Campoamor y *La pesca*, de Nuñez de Arce, sujetándose sus autores, al endecasílabo combinado con el octosílabo; pero Rosalía con audacia inusitada, suplantó el de ocho por el de siete sílabas, dando una nueva combinación:

*Ya no lloro... y no obstante, agobiado,
y afligido mi espíritu, apenas
de su cárcel estrecha y sombría,
osa dejar las tinieblas,
para bañarse en las ondas
de luz que el espacio llenan.*

Y como el mismo octosílabo, se combina contra lo corriente, en varias composiciones, con el verso de diez, empleado hasta entonces, con el de seis y cuatro sílabas:

*Bajemos, pues, que el camino
antiguo nos saldrá al paso,
aunque triste, escabroso y desierto,
y cual nosotros, cambiado,
lleno aun de los blancos fantasmas,
que en otro tiempo adoramos.*

Y no sólo quiebra las antiguas combinaciones, sino que establece metros nuevos: el verso de nueve sílabas, con hemistiquio de diez y ocho:

*Su ciega y loca fantasía corrió arrastrada por el vértigo,
Tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto,
Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente,
Cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para siempre.*

Estas innovaciones son anticipo del modernismo, una nueva actitud de los poetas, reducida a romper con toda norma que pudiera significar atadura o mordaza para la expresión.

Enrique Díaz Canedo, en un ensayo de Rosalía, nos dice: Y los poetas de hoy, los que van dejando de llamarse modernistas, los que quieren decir cosas del alma, en versos que sólo obedezcan a una ley inferior de armonía, formulada por cada uno en cada caso, han de ver una precursora en la mujer extraordinaria que escribió, sin preocupaciones, dejando libres a su inspiración y a su técnica, el libro titulado "En las orillas del Sar".

Murguía, Castelar, Azorín, fueron los únicos paladines de Rosalía, los únicos que, dándose cuenta de su valor real, lucharon para que la crítica la consagrara. El primero, Murguía, venció al deseo de

Rosalía de mantener oculta su obra, pero no pudo evitar que la crítica contemporánea, la echara en el olvido; Castelar, prologó su segundo libro, haciendo una clara descripción de Galicia, aun cuando en ese momento no la conocía; Azorín realizó un acabado estudio sobre la vida y obra de Rosalía, condenando a varios autores, por no incluir en sus recopilaciones sus versos: En 1902, al formar don Juan Valera, su deplorable *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, no incluyó a Rosalía de Castro. Hay más, tampoco, más tarde, en 1908, logró penetrar Rosalía, en la no menos lamentable colección de líricos *Las cien mejores poesías*. Y luego añade: *Este desconocimiento de la crítica, esta incomprensión y este postergamiento eran necesarios, indispensables para la obra de Rosalía. Tratándose de la textura y espíritu de su poesía no podemos imaginarnos lo contrario. Este desconocimiento largo, impenetrable y pertinaz, armoniza perfectamente con esa índole íntima de la lírica de Rosalía, y luego, con este alejamiento, con esta soledad, con esta callada paz, de que hemos comenzado a gustar cuando el tren se va internando en los campos gallegos (Paisajes de España vistos por los españoles).*

Al morir, el último pedido, cumplido por su hija Alejandra, fué: *Abre esa ventana que quiero ver el mar*. Pero no había mar en Padrón, tan sólo el Sar, su amigo preferido, *su amor predilecto*; y por la ventana entreabierta descubrió el mar eternamente verde de Galicia. Y los hijos de ese suelo, que no se resignaron con la muerte de su *santiña*, la recuerdan en cada uno de sus cantares, y ella vive en el corazón y en el verso, que cada uno, aun en lugares extraños, recita como una plegaria:

*Airiños, ariños, aires,
Ariños, da miña terra,
Airiños, ariños, aires,
Airiños, levadme a ela.*

Ana María Mais